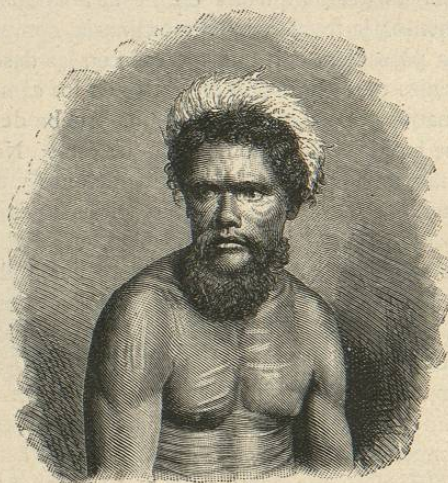


kangurus debieron llevarse consigo tres ó cuatro mujeres y á sus hijos.

Raras veces podrá considerarse como causa de emigraciones el exceso de población, por lo menos si se juzga por el número de hijos que hoy tienen las familias. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que si antes del contacto con los europeos las cosas pasaban en este concepto de muy distinta manera, esto, dadas la limitación é inseguridad de los medios de subsistencia en las más de las partes del país, hubo de producir una dilatación rápida en las posibilidades de la alimentación.

El número de australianos ha sido siempre reducido, presentándose mayor, según todas las apariencias y probabilidades, en el Norte y en el Normordeste que en el Sud y en el Oeste. La población ha ido disminuyendo de año en año desde que se establecieron allí los europeos. Este es uno



Hombre de Nueva Gales del Sud con cicatrices en el pecho (de una fotografía)

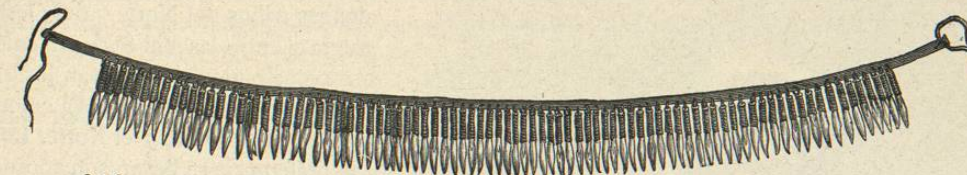
de los puntos más oscuros de la historia moderna, y no sólo de la de Australia sino también de otros países. La inmigración de los europeos antes perjudicó que favoreció á los indígenas, pues aquéllos se apropiaron del país y la caza quedó completamente exterminada. Los extranjeros causaron grandes destrozos en las cañas con que los australianos solían construir sus chozas y en las hierbas sobre las cuales dormían. Desde entonces apenas pudieron encontrar los indígenas las pieles que les servían para vestirse y las cortezas con que fabricaban sus canoas. Por esto no hay que deducir del estado en que actualmente se encuentran el en que se encontraban en los tiempos primitivos, ni hay que esperar ver en las actuales tribus enervadas y dispersas las buenas cualidades que poseían cuando eran salvajes vírgenes. El desprecio con que los blancos consideran á los australianos sólo puede compararse quizás con el que les inspiran los bosquimanos de Africa. El mismo Meinicke considera á los australianos como una tribu de hombres completamente inaccesibles á la civilización. Y por la sencilla razón de que se atrevieron á castigar con mano armada las violaciones que se cometían contra su derecho de propiedad, que tanto respetan, se les calificó con grandes aspavientos de belicosos é intolerables. Hasta qué punto fueron imprudentes é inconsiderados los dominadores blancos nos lo demuestra el hecho de que Inglaterra hizo de Australia una colonia penitenciaria y no reconoció el derecho de los indígenas sobre su país, sistema cuyos efectos se dejaron sentir de un modo tan evidente que nunca tan pronto y tan decisivamente como en este caso fué condenada la política colonial del *laissez faire*. Mas todo en

vano: los excesos con sus consecuencias destructoras para el cuerpo y para el alma se asociaron al exterminio consciente é inconsiderado que no atendía más que á su propósito. La historia de las colonias australianas nos habla de arbitrarias matanzas cometidas en las personas de los indefensos indígenas, de verdaderas cazas humanas, matanzas que se han reproducido, aun en estos últimos años, en Queenslandia. Resultado de todo esto ha sido un descenso constante en la población indígena. Respecto de toda la Australia no hay ningún cálculo del número de indígenas que merezca crédito: lo mismo se dice con razón que son 100,000 que 200,000 los indígenas que habitaban la Australia antes de la inmigración de los europeos; pero todo el mundo está conforme en rechazar como inexacta la cifra de más de 1.100,000 que da como buena Freycinet. En 1851 se hizo sobre mejores bases un censo que arrojó la cifra de 55,000 almas. Ciertamente que no en todas partes la población indígena ha disminuído como en Victoria (de 5,000 en 1836 á 770 en 1881), pero en todas partes la disminución ha tenido lugar. Como los primeros colonos se cuidaron aun menos que sus gobernantes de establecer cifras de población indígena, todo cálculo sobre las cifras antiguas y sobre el retroceso ha de basarse en datos inseguros. En el año 1842, Moorhouse, el *Chief Protector of the Aborigines* de Australia, calculó en 3,000 el número de indígenas que habitaban un territorio que se extendía á 160 millas inglesas al Norte y 200 al Este de Adelaida; pero Eyre, protector de Moorund, en Murray, cree que esta cifra debe doblarse. De todas maneras resulta que el número de los indígenas de este punto es insignificante. Ahora bien, si el censo de 1876 arroja para toda la provincia la cifra de 3,953, de los cuales 1,000 habitan en los puntos colonizados, y si se compara esta cifra con la de 12,000 á que se eleva el número total de los mismos en 1842, se verá que han venido á quedar reducidos á una tercera parte de lo que eran. En los distritos más pequeños y en donde la comprobación resulta más fácil, no faltan pruebas que acusan un retroceso análogo. Entre los 613 narrinyeris del Sud de Australia que se contaban en 1877, Taplin registró desde 1869 á 1877, 150 nacimientos y 162 defunciones, procurando atenuar la importancia de esta cifra con la observación de que allí iban las gentes á morir mientras que los nacimientos tenían lugar en las aldeas. Pero aun teniendo en cuenta esta circunstancia, la proporción no es favorable. Entre los indígenas que habitan más lejos de los europeos no hay que perder tampoco de vista los infanticidios que están muy extendidos. ¿Cómo, empero, se explica un número de nacimientos tan enorme como el que cita Kempe hablando de las tribus que habitan alrededor de Hermannsburg, entre las cuales desde 1879 á 1882 nacieron cuatro hembras por cada varón?

Si vamos á investigar las causas de este retroceso, no podremos decir que en los territorios meridionales sea una de ellas la guerra, pues aquellos indígenas hace mucho tiempo que viven en paz. Aun cuando las tribus que actualmente habitan la Australia meridional merezcan desde muy antiguo la fama de extraordinariamente pacíficas, hasta el punto de estar fácilmente en buenas relaciones con el gobierno, habfan de tal manera disminuído desde la institución del primer gobernador (1836) hasta 1878, que en los últimos años era difícil reunir una colección de sus armas, etc. Desde que el gobierno de la metrópoli notó que los indígenas iban pereciendo miserablemente y comprendió la culpa que en ello le correspondía, hizo algo para contener esa decadencia. Desde 1821 hasta 1842 sólo en Nueva Gales del Sud se gastaron 80,000 libras esterlinas

para proteger y reanimar á los indígenas, y casi todos los ministros ingleses de las Colonias consideraron como una de sus principales tareas exhortar á los gobiernos coloniales de Australia á que cuidaran de sus indígenas. Pero estos cuidados llegaron demasiado tarde como no podía menos de suceder dado el sistema dominante de una colonización no fiscalizada y de las confiscaciones sin indemnización de los terrenos de valía. Ciertamente que se fundan escuelas para los indígenas en Adelaida y en otros puntos y que el gobierno las apoya pródigamente, pero hace algunas décadas que todas estas escuelas están de más, pues la tribu de

Adelaida lo propio que sus compañeras, se han extinguido. La policía fronteriza montada ha venido á ser, y esto es digno de notarse, el órgano del gobierno respecto de los negros, habiendo llegado á ser muy pequeño el trabajo de los *Protectors of the Aborigines*. La descorazonadora memoria anual del *Sub-Protector of the Aborigines* de la Australia meridional correspondiente á 1875 hace notar que siempre se registran entre los indígenas un número exiguo de nacimientos y un número excesivo de defunciones. En 1875 ocurrieron, en lo que pudo ser comprobado, entre la población indígena del Sud de Australia, 52 de los primeros



Un collar de los australianos, hecho con dientes de kanguro. (Museo para Etnografía, Berlín) 1/6 de su verdadero tamaño

y 140 de las segundas, la mitad de éstas debida á la tisis pulmonar: son peligrosas también entre ellos el sarampión escarlatinoso y las viruelas; en cambio son raras las enfermedades de fiebres. Dadas las cifras de mortalidad que la anterior estadística consigna, se explica perfectamente que la tribu sudaustriana de los narrinyeris que en 1842 contaba todavía 3,000 almas, quedase reducida en 1875 á 511.

CAPÍTULO III

TRAJE, ARMAS Y OTRAS PERTENENCIAS DE LOS AUSTRALIANOS.

«El hecho de que la Australia ofrezca pocos atractivos á los pueblos extranjeros es seguramente una de las causas fundamentales del atraso etnográfico de los pueblos de esta parte de la tierra.»

Traje. — Adornos. — Pinturas. — Tatuaje. — Armas. — Madera arrojada y *bumerang*. — Chozas. — Aldeas. — Canoas. — Pesca. — Caza. — Preparación de manjares. — Alimentos. — Antropofagia. — Escasez de agua. — Huellas de la agricultura. — Utensilios é industrias. — Comercio.

Muy poco puede decirse respecto del traje de los australianos, pero esto poco y aun lo negativo es interesante, pues ello mejor que otra cosa indica la insignificancia de la actividad de estos pueblos aun tratándose de su propio mejoramiento. Australia, en sus comarcas centrales y meridionales, posee un clima sumamente rudo y sujeto á variaciones. Desde el momento en que las memorias nos hablan de australianos que van completamente desnudos ó á lo más llevan tapado el vientre, no sólo en el Norte tropical sino también en el Oeste y en el Sud, se demuestra que el atraso en que viven estos pueblos no permite cambio alguno ni siquiera en lo tocante á las más apremiantes necesidades. Y no es menos característico el hecho de que ni aun los más pobres y miserables se olvidan de pintarse el cuerpo, á menudo con verdadero lujo, de suerte que tan general como la insuficiencia del vestido necesario es la propagación de los adornos superfluos; por esta causa pudo decir Martin con razón: «Sus prendas tienen más de adorno que de vestido.» Nada más característico para conocer la ligereza, la imprevisión, la vida al día de los hombres naturales que esta

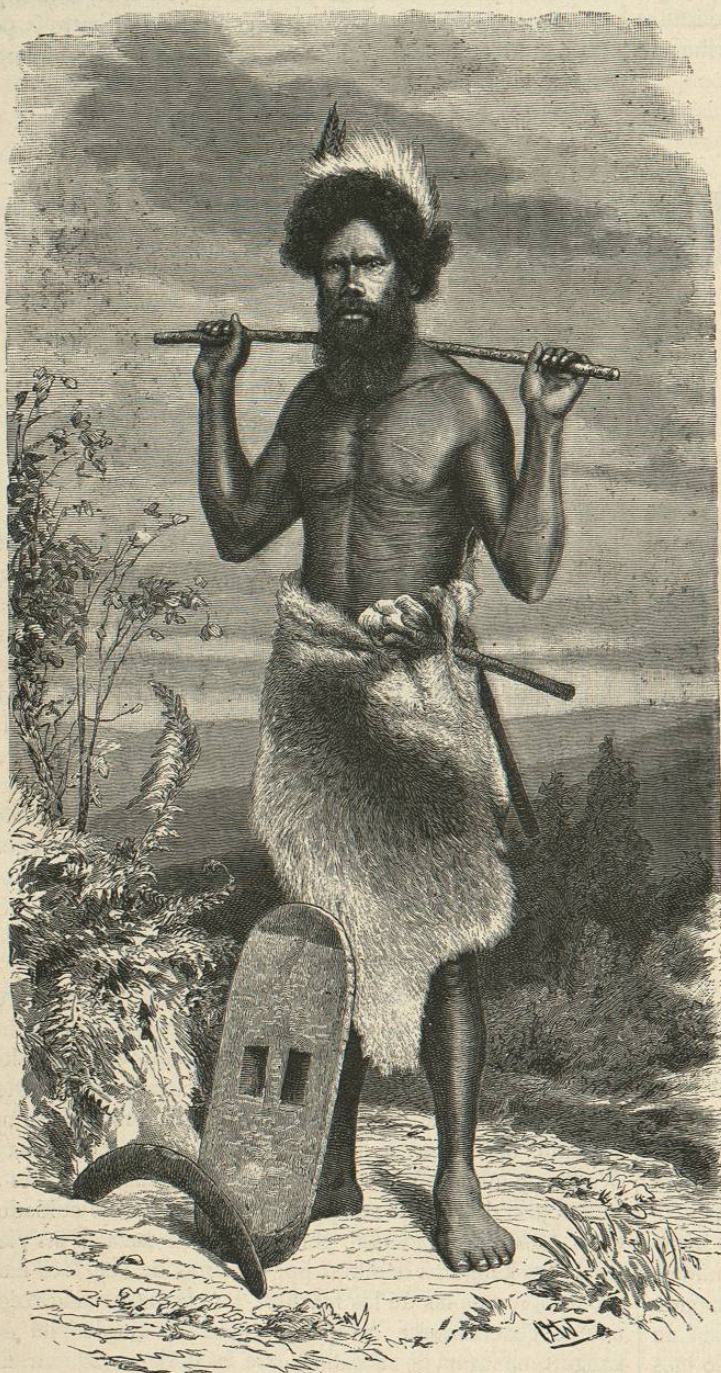
desproporción entre el adorno y el vestido, entre el lujo y la necesidad (véase la pág. 38).

La prenda de vestir más común entre los hombres australianos es un cinturón hecho con un tejido de hierba, ó de corteza, ó de cabello humano ó pelo de animales, que en la Australia occidental tiene á menudo algunos metros de largo, y que en vez de cubrir las partes pudendas se lleva arrollado sobre el ombligo (véase el grabado de la página 398). En muchos casos aparece simplemente como adorno y sólo en el Norte, en donde ese cinturón es de piel de opossum, llevan los hombres en él el *bumerang*, la destal y otros objetos. En el Sudeste de Australia, llevan los hombres al rededor del cuerpo un cinturón hecho con sus propios cabellos y adornado algunas veces con plumas de emu y suelen apretárselo tanto que el vientre forma sobre él una enorme prominencia. En estos territorios el tal cinturón era verdaderamente un cinturón de hambre, y aun en otros muchos casos podían ser estas sus funciones propias por más que sirviera también de adorno.

Además de esta prenda, está también muy extendido el uso de la capa de piel de opossum ó de perro, aunque no tanto como el de las pieles de vaca ó de antílope entre los sudafricanos. Esta capa rara vez la vemos usada en el Norte; más frecuente es su uso al Sud del río Arrowsmith, pero no podemos decir que sea general en las abruptas costas occidentales y meridionales. En algunas comarcas, las pieles á este objeto destinadas son preparadas con notable cuidado: en la Australia occidental, por ejemplo, se escogen las pieles de los kanguros hembras por ser éstas de más fácil manipulación que las de los machos. Parece haber sido reconocida generalmente como necesidad la capa de piel de kanguro en forma de saco, en el que las mujeres ocultan sus hijos mamones, y que se ata alrededor del cuello ó se lleva atado en la frente. He aquí todos los objetos de uso en cierto modo extendido, que pueden venir comprendidos en la idea de vestido. En cuanto á sandalias y á gorros no los poseían los australianos antes de la llegada de los europeos.

El adorno que puede calificarse de general es, según llevamos dicho, la pintura, en la que vemos empleados con preferencia los colores rojo, blanco y negro, es decir los mismos que con mayor frecuencia encontramos en los escudos y en otros objetos. Respecto de este adorno obsérvanse algunas diferencias según la edad y según los sexos, pero no hay, á lo que parece, entre todas ellas una verdaderamente

profunda. El rostro, el cuerpo y los miembros están cubiertos con este adorno que unas veces consiste, como en la costa Noroeste, en frotar sin arte alguno el vientre con color rojo, otras en cubrir de igual manera el rostro: en no pocos casos, ofrece una combinación de puntos, figuras sencillas y líneas que no carece de cierta elegancia. Los australianos del Sudeste se han distinguido, al parecer, también en este punto, pues se pintan el cuerpo con círculos, cua-



Un hombre de Nueva Gales del Sud (de una fotografía)

driláteros etc. regulares, apareciendo á veces en estas pinturas algunas cruces. Esta costumbre general parece ser de gran importancia: el color rojo especialmente ha sido considerado como color sagrado, porque es el que se emplea no sólo las más de las veces para expresar la cólera y la guerra, sino también para pintar á los muertos y para las danzas solemnes que tienen cierta significación religiosa y porque en algunas tribus sólo se permite usarlo á los ancianos. En éstas, los viejos se pintan de encarnado y con polvos

encarnados se empolvan el cabello viejos y jóvenes. Algunas veces se atan los cabellos con una cuerda, pintan este conjunto de rojo y le añaden aún algunas plumas de emu y de cacatúa, ó bien una cola de perro ú otros objetos análogos (véanse los grabados de las págs. 393, 400 y el de esta página). De todas maneras los fines puramente utilitarios de esta pintura—como la defensa contra los mosquitos, según parecer de Quoy y de Gaimard, ó el aplacamiento del hambre que, en sentir de Wilhelmi, procuran conseguir frotándose la región estomacal con arcilla encarnada—no son los más inmediatos por más que puedan citarse como muy importantes. El blanco es entre algunas tribus del Norte y del Oeste un color de guerra y entre las del Sud un color de luto: de blanco se pintan ó empolvan los rostros los que toman parte en las danzas. El color negro indica tristeza en el Oeste y el Norte. Los adornos que con preferencia se llevan son adornos para el cuello de conchas de madreperla, de dientes y de forfex de cangrejos; brazaletes de fibras de vegetales y collares de pedacitos de caña ensartados en un cordón (véanse los grabados de las páginas 393, 396 y 401). Los ancianos desprecian, al parecer, los adornos.

No menos generales son las cicatrices marcadas en la piel. No todas las tribus emplean este tatuaje primitivo, pero son muy pocas las que prescindan de él. Por regla general, todos los ancianos de una tribu están tatuados y el tatuaje figura, como veremos, entre algunas tribus en el número de aquellas consagraciones que han de hacerse solemnemente al llegar á cierta edad. El tatuaje del pecho es sumamente extraño formando una serie de muchas y largas cicatrices transversales. Son objeto también de tatuaje la espalda y los hombros, pero nunca el rostro y raras veces el cuerpo más abajo de la cintura (véanse los grabados de las págs. 392, 400 y 412). La operación se hace con trozos de concha ó de cristal y se repite en el mismo sitio, antes de que la herida esté completamente curada, tantas veces como es necesario hasta que las cicatrices aparecen muy marcadas.

Las armas, prescindiendo de insignificantes variantes, son las mismas en toda la Australia y consisten en lanzas, escudos, bumerangs (el arma arrojadiza tan conocida) y las hachas y porras de madera. Únicamente los indígenas del Cabo York y quizás también algunas tribus del extremo Norte, llevan arco y flechas que en los demás territorios no se usan. Por regla general, la fabricación de armas es sencilla y tosca, de suerte que en este punto los australianos están muy por debajo de los habitantes de Nueva Guinea, y no hablamos ya de sus vecinos más apartados, los polinesios y los malayos. Las armas australianas ofrecen una semejanza de familia por lo que toca á su

imperfección y á la pobreza de sus adornos. Y esto no se debe solamente á la falta de hierro y de otros metales, falta que también encontramos entre los polinesios dotados de mayor sentimiento artístico, sino que además en las armas notamos el poco cuidado, el poco arte que caracteriza á los demás productos del trabajo australiano, que tienen muchos puntos de contacto con los de los sudafricanos. El material más generalmente empleado es la madera: la piedra y los huesos tienen menos aplicación de

lo que podría creerse dada la escasez de metales. En Australia no se encuentran armas de piedra perfectamente pulimentadas ni tampoco las puntas de pedernal hábil y elegantemente labradas de los americanos. En algunas comarcas, los indígenas afilan sus lanzas con sílice ó con otras piedras y les ponen algunos garfios. En otros territorios, también fabrican cuchillos de sílice y hachas de piedra y las adhieren á un mango de madera por medio de ligaduras y de una sustancia resinosa. Esta manera primitiva de adherir, tan poco sólida, es una de las cosas más notables de las armas australianas.

De éstas las más perfectas son las lanzas, para las cuales se escogen generalmente ramas delgadas de eucalipto de 2 metros y más de longitud enderezadas por medio del fuego y algo carbonizadas en la punta, con lo cual se hacen más duras. Esta es la forma más sencilla, la lanza puntiaguda arrojadiza.

La primera mejora en estas lanzas introducida consistió en practicar en el extremo inferior un agujero necesario para lanzarlas con la plancha lanzadora. Además todos los lanceros llevan en su manojo de lanzas algunas provistas de garfios: éstos consisten en pedacitos de madera con dos puntas tan fuertemente adheridas á la punta de la lanza por medio de tendones que su extremo inferior sobresale formando un garfio. Estos garfios sólo se aplican á las lanzas cuando se va de caza, y hasta entonces se llevan sueltos en una bolsa. Por mucho que se esfuerce el que es herido por una de estas lanzas con garfios, le será imposible sacarla de la herida. Schürmann refiere, hablando de los australianos de Port-Lincoln, que les está prohibido usar en la guerra las lanzas con garfios. Hay otra clase de lanza más gruesa, corta y puntiaguda, de 1 y $\frac{1}{2}$ metro de largo, que sirve para ensartar peces y por lo mismo no se arroja. En la Australia del Norte encontramos un venablo más corto y más ligero para la caza menor. Las demás lanzas se arrojan con la plancha lanzadora (*womera*, *wumera*, y en el Sud de Australia llamada también *midla*) (véase el grabado de la pág. 404). Esta plancha tiene una longitud de $\frac{1}{2}$ ó $\frac{2}{3}$ de metro (en el Sud es más corta que en el Norte) y consiste en un trozo de madera dura provista en su parte inferior de un gancho y en cuyo otro extremo hay adherido un pedazo de resina y otro de cuarzo ó un mechón de pelos de opossum, para impedir que la womera al arrojar la lanza se caiga de la mano. El gancho consiste generalmente en un diente de kanguro y está puesto en un agujero practicado en el extremo inferior de la lanza: la plancha y la lanza se sostienen con los dedos de la mano derecha y el arma se arroja á la altura del ojo. La plancha lanzadora que imprime la dirección á la lanza aumenta con su acción de palanca la fuerza del lanzamiento. Para mayor comodidad en el uso el lado interior de la madera lanzadora es ligeramente hueco y el exterior, en cambio, es redondeado y uno y otro están á menudo adornados con esas rayas sesgadas que tan comunmente usadas encontramos entre los australianos. Las planchas lanzadoras eran desconocidas en algunos territorios del Oeste. Otras variantes de las lanzas son las que vemos construídas con una caña ligera y una larga punta de madera dura de $\frac{1}{2}$ metro de longitud y provistas de un garfio de pedernal: los sudafricanos las denominan *meralkaipari* ó lanzas mortales.

Las porras (*waddie*) de los australianos (véase el grabado de la pág. 405) son generalmente garrotos toscamente labrados muy parecidos á los kirris de los sudafricanos. Su extremo más grueso puede ser aplanado en forma cuadrangular y estar provisto de muescas. Mayor interés despiertan cuando aparecen, con ligeras modificaciones, como po-

rras arrojadizas (*nulla*) que girando alrededor del extremo más grueso, dan con el mango en el blanco: de suerte que forman la transición al extraño bumerang (véase el grabado de la página 406). A ese género pertenecen las *widdies* ó *virries* de los sudafricanos, hechas con ramas de eucaliptos de $\frac{1}{2}$ metro de largo y del grueso del pulgar y provistas en un extremo de nudos y arqueadas por el otro á manera de sable. Estas armas se lanzan contra los pequeños animales ó al principio del combate antes de apelar á las lanzas.

No menos característica que la plancha lanzadora es otra arma mucho más conocida, el bumerang (*wagno*, *keili*, *bumeran*), que los australianos fabrican con una asta ó rama de *Acacia pendula* ó de otro árbol cualquiera de tamaño análogo. Los indígenas saben darle la encorvadura necesaria por medio del fuego. Como es sabido, el bumerang después de haber avanzado un rato hacia adelante vuelve al punto desde donde ha sido disparado, pero si da en el blanco cae naturalmente al suelo. Un tirador experto puede dar á esta arma la dirección que le plazca: para hacer el golpe más intenso es generalmente lanzada de plano contra el suelo y al rebotar se levanta á considerable altura. Los indígenas pueden matar con el bumerang pájaros y mamíferos pequeños á una distancia de 200 pasos aproximadamente. En la guerra, esta arma es tanto más terrible cuanto que es casi imposible al verla cruzar los aires adivinar qué dirección tomará ni dónde ha de caer. Las tribus del río Maklay y aun las del río Schoal en Nueva Gales del Sud, se consideran como las más hábiles para tirar el bumerang. Este tiene distintas formas. En la Australia meridional, en donde es más largo, más delgado y más pesado, sólo se lanza contra los peces: recibe allí el nombre de *wadna* y su forma lo hace más semejante al widdie. El bumerang que se usa en la guerra es más grande y menos encorvado que el que se usa para la caza ó para los juegos, en donde más abunda es en los territorios orientales. En las comarcas del Norte no se usa el bumerang que, al parecer, no se encuentra más allá de Townsville, pero en el Noroeste es más común que en el Sudoeste, en donde sirve casi exclusivamente como instrumento de juego. El uso ó el no uso de un arma pueden depender de las circunstancias de lugar; así por ejemplo, las armas arrojadizas son más generales en las comarcas abiertas, desprovistas de bosques. Por esta misma razón en las selvas de Queensland en vez de la plancha lanzadora y de la lanza, que de nada servirían, se usa la gran espada de madera, es decir una madera plana con una ranura en la que hay pegado con resina un trozo de piedra afilada. Cuchillos de piedra análogos aparecen junto con el escudo que sirve también para parar sus golpes. Las planchas lanzadoras y las mazas arrojadizas (*nullas*) suelen ir por regla general juntas, pero la propagación geográfica de estas armas no es tan sencilla como parece, pues los indígenas de cabellos lisos de la península del Cabo York usan la plancha lanzadora, y en cambio las tribus de crespada cabellera de Príncipe de Gales Island y de las islas de los alrededores usan el arco y las flechas con puntas de huesos.

Tan generalizada en el Sud como en el Norte encontramos el hacha de piedra (*pareh*: véanse los grabados de las págs. 408 y 409) que consiste comunmente en un pedazo de cuarzo afilado y adherido á un palo por medio de resina, etc., que en los tiempos modernos ha sido sustituido por una destal común. Sirve para hacer incisiones en los troncos duros y lisos de los árboles que luego los indígenas utilizan para trepar con prodigiosa agilidad por éstos con el auxilio de una cuerda atada al tronco. Hachas pulimen-